

indios. Todo el mundo sabe que tuvieron escritores afamados, legisladores y atletas como Grecia y Roma; que defendieron su país como leones, y fueron menester prodigios de valor para domeñarlos: todo el mundo los ve hoy soportar las fatigas de la guerra, y arrostrar sus peligros, y caminar impávidos á la muerte: todo el mundo los ve trabajar á la inclemencia y correr de sol á sol, casi sin comer, cargados con pesos enormes: en fin, todo el mundo sabe que, como decia el venerable Palafox, «son grandes sufridores de trabajos.»

Concluyamos esto: una raza que cuenta entre sus hombres, héroes como Guatimotzin, legisladores como Nezahualcoyotl, y escritores como Ixtlilxochitl; una raza que vive todavía á pesar de haber pesado sobre ella tres siglos de dolores; una raza que despues de todo, y en medio de su miseria, es todavía la fuerza material y productora de la nacion á que pertenece, es una raza que puede cumplir aún grandes destinos.

Hoy viven muchos individuos de ella, que son la honra de su patria, y algunos la admiracion del mundo por el brillante papel que hacen en las ciencias, en las letras, en las artes, en la guerra, en la política, y en todas las demas carreras y profesiones que forman la grandeza y la gloria de los pueblos; y no citamos sus nombres porque no queremos que álguien sospeche que los adulamos.

## CAPÍTULO OCTAVO.

### LO QUE PUEDEN Y DEBEN SER LOS INDIOS.

Una recomendacion del archiduque Maximiliano.—Lo que debe hacerse para mejorar la condicion de los indios.—Error del gobierno español.—Pasaje de Clavijero.—Política del gobierno español, bien intencionada, pero de mal efecto.—Reflexiones contra la esclavitud.—Notable pasaje del padre Motolinia.—Reflexiones sobre él.—La inmigracion extranjera.—Propuesta de Rodrigo de Albornoz.—Atraso de aquellos tiempos.—Se dice que los indios estorban para la colonizacion.—Reflexiones sobre esto.—Ellos lo hacen todo.—Dificultades para la colonizacion extranjera.—Lo que debe hacer el gobierno.—Otro error del gobierno español.—Multitud de leyes sobre los indios.—Pasaje de fray Domingo de Betanzos.—Establecimientos de enseñanza.—La reforma debe empezar por las otras razas.—Lo que deben hacer las autoridades, los curas, los particulares.—Disposiciones de algunos viroyes para que los indios vistieran decentemente.—Elemento religioso empleado por España.—Exageracion en esto.—No debe sin embargo abandonarse aquel elemento.—Los antiguos presidios y misiones.—Se puede adoptar algo de esto.—Letrados y tornadizos que no queria Hernan Cortés.—Plagas de ahora.—Destino de la raza indigena.—Conclusion.

Dicen que el archiduque Maximiliano de Austria, al desembarcar en Veracruz en 1864, cuando vino por su mal á llamarse emperador de México, recomendó que no se volviera á hablar de *indios*, porque no queria que hubiese diferentes denominaciones para designar á los hijos del país, que son

todos mexicanos, y deben ser todos iguales. Tenia razon el desdichado príncipe, y su recomendacion es la clave del remedio que se debe adoptar para poner un término á las desventuras de la raza azteca. Es preciso hacer que los indios sean de veras hombres, y para ello hay que derribar los muros que los separan de las otras razas: es preciso que entren en el movimiento general, á correr la suerte de todos los demas ciudadanos; pero es indispensable que el gobierno los fortifique, para que no perezcan en el choque.

El gobierno español cometió en esto un error que honra sus intenciones, pero que ha creado las angustias de la situacion presente. Algo se hizo sin embargo entonces, que puede servir de guia ahora, porque los errores y aciertos del pasado son siempre preciosas lecciones para el porvenir.

« No hay duda, decia Clavijero, que habria sido « mas sábia la política de los españoles, si en vez « de llevar á México mujeres de Europa y esclavos « de Africa, se hubiesen dedicado á hacer de los « mexicanos y de ellos mismos, por medio de los « matrimonios, una sola é individua nacion.»<sup>1</sup>

Es indudable. Si las dos razas se hubieran mezclado y confundido entonces, la azteca no existiria ya, y á nadie atormentarian los problemas á que da lugar su actual existencia. Pero España no pensó

<sup>1</sup> Historia antigua de México, libro séptimo.

ó no pudo hacer que sus hijos se casáran con mujeres de la raza vencida, y es probable que no lo habria logrado, aunque le hubiera ocurrido *prohibir* que viniesen á la Nueva-España mujeres de Europa. Muchos españoles sin embargo se unieron con señoras indias, pero aquellos enlaces no bastaron para que las dos razas se confundieran en una.

Más inconcuso es todavía lo que dice el sabio historiador sobre los esclavos de Africa. ¡Oh! traer al Nuevo Mundo la esclavitud, no fué solo un error, fué un crimen; porque fué manchar la civilizacion cristiana con esa vergonzosa reliquia de los tiempos paganos, y plantar en la nueva tierra una semilla que habia de dar frutos de perdicion y de muerte. La esclavitud es en efecto una vergüenza y una plaga, porque es una negra injusticia: el cielo la ha castigado ya con catástrofes espantosas, y a un humean los torrentes de sangre que por ella se a caban de derramar en la América del Norte.

España estaba demasiado lejos para acertar en todo lo que tenia relacion con el gobierno de los indios, y no siempre recibia consejos acertados sobre un asunto tan grave, que debia resolverse pronto, sin precedentes que sirvieran de guia. Por eso fué necesaria y justa la emancipacion de la tierra, cuando ella tuvo ya elementos bastantes para gobernarse por sí misma. Ya por el año de 1540 deseaba el padre Motolinia que Dios diera al rey muchos hijos para que enviara á México un infante

que le gobernára; « porque una tierra tan grande, « decia, y tan remota y apartada, *no se puede desde « tan lejos bien gobernar*, ni una cosa tan divisa de « Castilla y tan apartada, no puede perseverar sin « padecer gran desolacion y muchos trabajos, é ir « cada día de caida por no tener consigo á su prin- « cipal cabeza y rey que la gobierne y mantenga « en justicia y perpetua paz.»<sup>1</sup>

Por donde se ve que la idea de un gobierno propio y aparte no es tan nueva como algunos se figuran; y se ve tambien que esta idea podia existir en cabezas españolas, sin necesidad de asociarla con maldiciones á la metrópoli. La lejanía de esta era bastante para hacer surgir aquel pensamiento, aun en los primeros tiempos de la conquista; porque está al alcance de cualquiera, que un buen gobierno es imposible, cuando los gobernantes están muy lejos de los gobernados. Este inconveniente apenas existe ya en nuestros días, en que los vapores y los telégrafos han suprimido en cierto modo las distancias.

Tampoco es enteramente nueva otra idea que está hoy muy en boga para mejorar la condicion de los indios. Se dice que es necesario infundir nueva sangre en las venas de esta raza moribunda, para darle nueva vida; que para esto es preciso mezclar-

<sup>1</sup> Historia de los indios de Nueva-España, publicada por García Icazbalceta. *Documentos*, tomo 1, Trat. 3, cap. 9.

la con otras razas poderosas, y que esto se logrará haciendo afluir al país un torrente de inmigracion extranjera.

No faltó quien desde muy temprano propusiera al gobierno español algo parecido á esto. El contador Rodrigo de Albornoz, en carta dirigida á Carlos V con fecha 15 de Diciembre de 1525, le aconsejaba que enviase á México tres ó cuatro mil labradores con sus familias, para que repartidos por las provincias, y haciéndose cargo cada uno de ellos de ciento ó doscientos indios, estos aprendiesen á trabajar en los oficios y en la labranza, se mezcláran con los hombres de Europa, y adoptáran sus usos y costumbres.

El gobierno no dió acogida á estas y otras indicaciones que solian hacerle algunos hombres de inteligencia previsora. Siempre temia que se abusára de los indios, y prefirió mantenerlos separados de otras razas para que no se los pervirtieran, rodeándolos al efecto con el valladar de las leyes que hemos visto. Era por otra parte aquella época demasiado atrasada para que el gobierno acogiera ciertos proyectos que salian de las rutinas comunes, y que son ya familiares en la ciencia política y administrativa de nuestros tiempos.

Hoy, al cabo de tres siglos y medio, nos encontramos con el mismo problema, pero no con las mismas dificultades. Ya los gobernantes de México no están distantes, sino que están aquí, tienen los in-

dios á su vista, viven con ellos y los tratan, y cuentan ademas con las lecciones de la historia y de la experiencia. Y sin embargo, la solucion del problema ofrece todavía dificultades gravísimas.

Se trata de hacer de México una nacion, *una é individua*, y para esto es necesario amalgamar las razas; se trata de que esta nacion sea grande y poderosa, y para esto es indispensable aumentar la poblacion, las producciones y los consumos; se trata de lograr esto por medio de la colonizacion extranjera, y para ello es necesario reformar la condicion social de los indios, porque segun están ahora, sirven de estorbo á este proyecto.

¡Pobres indios! Humillados y desvalidos como están, ellos lo hacen todo en este país: ¡y se dice que estorban!

Llevan sobre sus hombros las cargas mas pesadas de esta sociedad; cultivan la tierra, crían los ganados, abren los caminos; abastecen á las ciudades, forman la fuerza de los ejércitos, contribuyen para los gastos públicos; dan en fin sus brazos á todas las industrias, su fuerza á todos los gobiernos, su sangre á la patria: ¡y se dice que estorban!

Suprimidlos por un momento, y la vida de esta sociedad se interrumpe como herida de un rayo: la agricultura se queda sin brazos, la industria sin consumidores, el comercio sin auxiliares, el ejército sin soldados, las poblaciones sin pan..... ¿Y todavía se dirá que estorban?

Y es verdad: los indios, mientras estén como están ahora, son un obstáculo invencible para los grandes proyectos de colonizacion. Un colono europeo trabaja por ocho indios, pero gasta por veinte; porque mientras el primero ha menester una regular habitacion y regulares vestidos y alimentos para cubrir sus necesidades, al segundo le bastan una choza, una tortilla y un trapo. De donde resulta que por mucho que se afane el colono extranjero, no puede dar tan barato como el indio el fruto de su trabajo; no puede competir con él; no puede establecerse á su lado, sin exponerse á sucumbir en esta imposible competencia.

Si los cinco ó seis millones de indios que hay en el país, trabajáran y consumieran tanto como igual número de colonos extranjeros, la cuestion estaria resuelta sin necesidad de otra colonizacion, porque México se engrandecería con el trabajo de sus hijos, y el bienestar multiplicaria pronto á sus habitantes. Pero si la colonizacion extranjera es necesaria, lo es precisamente porque los indios trabajan y consumen poco; y hé aquí por otro lado, que esta misma escasez de consumos hace que la colonizacion no pueda verificarse, como acabamos de verlo. Es un círculo sin salida. Aquello mismo que hace indispensable el remedio, le hace tambien imposible.

¿Cómo salir de este aprieto? Sea como fuere, siempre hemos de venir á parar en que una refor-

ma en la condicion social de los indios es indispensable, ora para que México pueda llenar sus aspiraciones sin inmigracion extranjera, ora para quitar á esta el grande obstáculo que la detiene, convirtiéndola de una necesidad imposible de satisfacer ahora, en una conveniencia fácil de lograr en lo futuro. La dificultad está en el modo de operar esa reforma.

El Gobierno debe tomar la iniciativa, pero debe ser parco en las medidas que dicte para ello. Prodigar leyes sobre esta materia seria incurrir en el mismo error en que cayó el gobierno español. Aquel prurito de legislar sobre los indios y no pensar mas que en ellos, dió en cara desde muy al principio á algunos hombres ilustrados que preveían sus funestas consecuencias. Fray Domingo de Betanzos, hombre docto y sincero, en un parecer que dió al rey sobre la cuestion de las encomiendas, por el año de 1540, hacia ya malos pronósticos sobre la suerte de esta tierra que llamaba *malhadada*; y la causa de sus tristes presentimientos se revela en estas palabras de su comunicacion: « todos los que han « entendido en la gobernacion de esta tierra y los « que entienden en la masa destes indios, siempre « han tenido intento en cargar la mano en remediar « los indios.»<sup>1</sup>

Pocas leyes y buenas, muchos establecimientos

<sup>1</sup> Garofa Icazbalceta, *Documentos*, tomo 2.<sup>o</sup>

de enseñanza, muchos y buenos maestros, un buen sistema de educacion, y una constante solicitud para ponerle en práctica, hé aquí lo que dará por resultado la regeneracion de los indios. Vulgar es esto y viejo, pero es cuanto se puede decir, porque en esta materia no puede haber novedades.

Pero la reforma debe empezar por las otras razas: es preciso que abandonen ese desden tradicional con que tratan á los indios, y que se abstengan sobre todo de maltratarlos de palabra y de obra, bajo severas penas. Ellos perderán entonces ese recelo con que miran á los otros, y escucharán dócilmente los consejos que se les den para que se alimenten y vistan mejor, para que adopten hábitos mas cultos, para que tomen gusto á las comodidades de una vida mas civilizada.

La iniciativa del gobierno no dará fruto, si no es eficazmente secundado por todas las clases de la sociedad y por las autoridades. Los curas pueden hacer mucho, y aun lo principal, en esta obra: no harán más que continuar la de los antiguos misioneros y doctrineros, que al mismo tiempo que predicaban á los indios las verdades de la fe, les enseñaban á cultivar la tierra, á construir sus casas, á ejercer los oficios y á vivir en sociedad. Donde hubo buenos misioneros, como en la Alta California y en otras partes, los indios no se distinguian de los europeos por su civilizacion y su cultura;

antes los aventajaban muchas veces, como han podido observarlos los viajeros en nuestros dias.

Nuestro siglo no consiente la ingerencia de los gobiernos en ciertas cosas de la vida privada. Las leyes suntuarias, por ejemplo, y otras que afectan á la vida íntima de los ciudadanos, no existen ya en los códigos modernos, cuyo espíritu deja siempre á salvo la libertad de los individuos y de las familias para que hagan el uso que quieran de su fortuna. Sin embargo, tratándose de los indios, convendrá tal vez que los gobiernos pongan la mano en ciertas menudencias que parecen mas bien propias de padres ó maestros, que de legisladores; sobre lo cual puede ofrecer el gobierno español algunos ejemplos que no son de desdeñarse. Recordaremos, entre otras cosas, lo que hicieron el conde de Revillagigedo y el marques de Branciforte para impedir que los indios (y otros que no lo eran) anduvieran casi desnudos. Prohibieron la entrada en la casa de moneda, en la aduana, en palacio, en las cofradías y en otros lugares públicos, á los que no fueran decentemente vestidos. Estas providencias fueron aprobadas por cédula de 13 de Diciembre de 1799, y desde entonces desapareció, aunque no del todo, la repugnante desnudez que habia sido la mengua de México por muchos años.

España empleó principalmente el elemento religioso para civilizar las Américas, y llenó estos países de hospitales y conventos para que fueran re-

fugio y consuelo de los desgraciados. Ahora conocemos que fué mas piadosa que previsora en este sistema, pues cuidó más de fundar asilos para los pobres, que de enseñarlos á trabajar para que no lo fueran. Este era sin embargo el espíritu de aquellos tiempos. Hoy se debe adoptar el mismo sistema sin aquellas exageraciones, y seria grave error no contar con él para la obra de que se trata.

Esto nos trae á la memoria uno de los medios mas eficaces de que se valió el gobierno español para civilizar á los indios. Pasada la época de los guerreros y de las armas, encomendó la pacificación del país á la predicacion de los misioneros, bien que protegidos por los soldados. Tal fué el origen y el sistema de los presidios y misiones. Los misioneros iban delante con su breviario y su Crucifijo, los soldados detrás con sus arcabuces: cuando la persuasion de los primeros no bastaba, entraba la fuerza de los segundos; pero esto sucedia pocas veces, y solo cuando los soldados de la Cruz habian sucumbido en sus apostólicas batallas. Los soldados de los presidios eran la mayor parte casados y tenian familia; no hacian la guerra sino cuando se les atacaba, y pasaban el tiempo en cultivar la tierra y criar ganados: eran unas verdaderas colonias militares. Los presidios, combinados con las misiones, civilizaban á los indios, y protegian la tierra de extranjeros y bárbaros. A ellos se debe la fundacion de muchos pueblos

que todavía subsisten en los Estados de la frontera.

Algo de esto se puede hacer ahora, bien que modificándolo conforme á los tiempos y circunstancias, que son diferentes, puesto que no se trata de someter tribus nómades, sino de perfeccionar la civilización de pueblos dóciles, obedientes y pacíficos. Bastará dejar en libertad á los misioneros, y protegerlos en ella.

Hernán Cortés pidió al rey de España desde los primeros años de la conquista, que no permitiera venir á México letrados ni tornadizos. Vinieron sin embargo, porque aquí hubo siempre mas libertad que en la metrópoli, hasta el grado de que los perseguidos allá por la Inquisición, solían buscar en México un refugio contra las persecuciones. Estas plagas se han multiplicado despues hasta lo infinito, y ellas son el mayor de los obstáculos que ofrece la regeneración de los aztecas. Por todas partes hay parodias de letrados que los engañan, y en todas partes pululan esos *tornadizos* de nueva especie, que les enseñan su ciencia de mentiras para pervertirlos y esquilmarlos. Contra estas plagas debe protegerlos el gobierno, no con privilegios y exenciones como antes, sino por otros medios que sin impedirles entrar en el movimiento general, los preserven de esa mortífera ponzoña.

Cada sociedad tiene sus penas, como cada individuo sus dolores. Si los indios son una pena para

México, porque en su estado actual no responden á sus aspiraciones de grandeza y poderío, no hay mas que sufrirla, y poner los medios para curarla. La obra es larga y difícil, y la generación actual no la verá concluida; pero la podrán ver las generaciones futuras, y ellas bendecirán la memoria del gobierno que la emprendió.

Despues de todo, si esto se logra, es preciso decir que la raza indígena está destinada á desaparecer. No será como en las islas, por la fatiga y la peste, ni como en los Estados-Unidos por el hierro y el fuego; pero desaparecerá absorbida por las otras razas con quienes se mezcle; por esa colonización extranjera que se dá como indispensable. El dia que los indios dejen sus costumbres, sus trajes y sus hábitos por adoptar los europeos, habrán dejado de ser lo que son; no habrá indios; no existirá esta palabra mas que en la historia, y los hijos del país no tendrán otro nombre que el de mexicanos, porque no formarán mas que una sola familia.

Esto es lo que ha sucedido en todas partes; y bien sabido es que las grandes naciones de nuestros dias no están pobladas por sus habitantes primitivos. Los ingleses, los franceses y los españoles de hoy, no son los antiguos anglos, galos é iberos: son unos pueblos que se han formado con la sangre de otras razas poderosas que los invadieron, conquistaron y absorbieron en otros siglos;

y ellos tienen á gloria decir que llevan en sus venas la sangre de los sajones ó normandos, de los francos, y de los godos.

Esto quita una parte de su tristeza á la reflexion con que ponemos fin á estos apuntes. Es preciso que los indios de México desaparezcan como raza, para que sea grande y poderosa la tierra de sus padres. Esta es la ley de la Providencia y la ley de la historia.

## POLÉMICA CON EL "FEDERALISTA."